



Una luz de esperanza

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En la liturgia de la Palabra de este día encontramos un nutrido mensaje que nos convoca a renovar nuestra confianza en Dios. Para ello voy a permitirme hacer una interpretación de las lecturas que escuchamos en este día, proponiendo a Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, como aquel varón Evangélico en el que esta Palabra ha encontrado su morada, de tal manera que al contemplar la figura del santo fundador y protector de nuestra comunidad, podamos sentirnos inspirados para consagrarnos a la predicación de la gracia, que nos abre a vivir la espera gozosa del triunfo de Dios sobre todo mal.

En la primera lectura encontramos al profeta Elías que en medio de la confrontación con las doctrinas de los seguidores de Baal propagadas bajo la autoridad de la reina Jezabel, interpreta la venganza de Dios de una manera errónea, hasta el punto que es desterrado y allí con su deseo de venganza, tiene la posibilidad de apreciar el poder de Dios de una manera nueva, le encuentra no en una fuerza devastadora como Elías esperaba, sino en “el susurro de una brisa suave” (1 Re 19, 12). En este aspecto Santo Domingo, surge como una luz de esperanza, para la Iglesia de su tiempo, una vez que encuentra la manera de combatir las doctrinas cataras y albigenses, con la fuerza de la misericordia de la verdad. Experiencia que se evidencia en la capacidad para escuchar a quien piensa diferente. Cuando ve el error, no lo condena, sino que proponiendo un diálogo de fe, abre el corazón de quien lo escucha para que decida emprender el camino hacia Dios, de la mano de la Iglesia. Es esta una interesante actitud para ofrecer al mundo una luz de esperanza, en medio de la intolerancia a la diferencia.

Al ver que Elías se fortalece para su predicación al retirarse al monte Horeb, en donde aprende, en el silencio, a escuchar a Dios; podemos recordar que Domingo, nos propone la contemplación, para encontrar la palabra que alimentará el diálogo que brota del silencio. Así la Orden desarrollará la idea de que “el silencio es el padre de los predicadores”. Tal vez de esta escucha atenta surge la difundida enseñanza de señalar a Domingo como el varón Evangélico, pues contemplando la Palabra de Dios, era movido a establecer



siempre un Diálogo fecundo. Sus biógrafos dirán que siempre hablaba con Dios o de Dios. El silencio contemplativo, es una luz de la esperanza para discernir la búsqueda de la verdad en medio de tantas voces.

Por su parte San Pablo en la carta a los Romanos nos permite ver el sentimiento que le inunda por el rechazo de Cristo en su comunidad judía, por ello dice “siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón” (Rm 9,2) Con estas expresiones, no dejo de pensar en el sentimiento de nuestro padre Domingo, quien movido a compasión por los pecadores, emprende el camino de la predicación para llevarles una luz de esperanza. Es bien conocida la expresión “¿Qué será de los pecadores?” la cual acompañó en tantas acciones al hombre itinerante, que se supo enviado siempre a extender el mensaje de salvación, convencido de que al extender el amor compasivo de Dios, el pecador podría levantarse y al acoger la indulgencia ofrecida por Dios, reconocer su verdadera imagen. Así no sólo motivó a sus hermanos a estar siempre disponibles para la predicación, sino que reforzaba el esfuerzo de sus prolongadas jornadas, con la constante oración. La de Domingo, es una pregunta que nos mueve a buscar la cura para el pecado de las estructuras sociales.

Después de la multiplicación de los panes, el relato Evangélico nos presenta la actitud de Jesús, que envía a sus discípulos, mientras él se retira a orar. Es fácil evidenciar la fuerza de la oración en la vida de Jesús, el diálogo constante e íntimo con el Padre, lo fortalece para el cumplimiento de su misión. Santo Domingo de Guzmán, es también un hombre de una fuerte vida interior, una luz de esperanza para nuestra vida cristiana, procede de contemplar sus maneras de orar. Todas ellas nos hacen comprender que este hombre profundamente entregado en devoción a la Madre de Dios, había aprendido de ella, la disponibilidad para la moción del Espíritu. Domingo encontraba en este camino, la manera de discernir las necesidades de sus hermanos, el modo de hacer concreto su amor por los pobres, la convicción para apostar todo por la Iglesia y la valentía para vencer al tentador.

En uno de los himnos más antiguos a Santo Domingo de Guzmán, se le exalta como “Modelo de Esperanza” y es precisamente esto lo que necesitamos en tiempos difíciles como los que atravesamos. Nos acogemos a las enseñanzas de su vida, para que a ejemplo suyo, al ser movidos a compasión seamos luz de esperanza para quienes tienen dormida su fe. Que como Él, sepamos acogernos a la sagrada familia de Nazaret, para que con su intercesión podamos ser merecedores de contemplar el rostro de Dios.